

NOVENA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Séptimo día: Culto al Sagrado Corazón de Jesús, de adoración, de consagración y de imitación



El culto al Sagrado Corazón de Jesús es ante todo personal, ya que ha venido a “reinar sobre los corazones”, y el corazón es algo propio de cada uno. El culto es de adoración, de consagración y de imitación.

El culto de adoración se da especialmente en la Santa Misa, en la Comunión, en las visitas al Santísimo y en la oración.

1. Culto de Adoración

De todos los modos de asistir a la **Santa Misa**, el que sugiere la devoción al Sagrado Corazón produce mucho fruto. Consiste principalmente en realizar actos interiores. Inmediatamente después de la Consagración, sostenidos por una fe viva, daremos culto a Jesucristo y expiaremos por todas las ofensas, desprecios y pecados que Él recibe.

Debemos acercarnos a la **Comunión** con humildad y reconocimiento de nuestra insignificancia; con hambre espiritual, que es signo de que necesitamos su alimento celestial; con pureza de corazón; y con amor a Jesucristo o, al menos, con el deseo de amarle y de cumplir su voluntad.

Pero el método más útil para comulgar bien es practicar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, pues toda preparación debe ir acompañada de una reflexión honda sobre las cualidades admirables del alimento divino que vamos a recibir. La intención de llevar una vida recta y el olvido generoso de uno mismo —dones del Espíritu Santo que son recompensa de una activa mortificación—, así como la imitación de las virtudes que amamos en Jesucristo, aseguran grandes frutos.

Jesucristo se ha quedado en la Eucaristía para estar continuamente con nosotros, y no hay nada que gane más su Corazón que las **visitas frecuentes y la adoración**. Es entonces cuando suele distribuir sus gracias con mayor abundancia, y la gracia más habitual es la de darnos su amor, especialmente cuando hacemos las visitas en aquellas horas del día en que apenas nadie está con Él.

Durante nuestras visitas al Sagrado Corazón tenemos que meditar mucho y hablar poco. Un silencio lleno de amor y de adoración es mucho más agradable a Jesucristo que un gran número de oraciones dichas de forma apresurada y con poca atención. El amor sin límites de Jesucristo le ha llevado a darnos esa extraordinaria prueba de su amor, pero parece que solo ha servido para llevar nuestra ingratitud hasta el extremo.

La oración es un arma muy poderosa que Dios ha dejado en manos de los cristianos. No hay ningún medio más eficaz que la oración para conseguir el amor a Jesucristo, ni tampoco ninguno más fácil. No obstante, nos olvidamos. Casi podríamos decir que este medio tan poderoso para llegar a amar a Nuestro Señor, nos aleja más de Él, nos da miedo. No hemos de tener miedo a hacer grandes peticiones o de modo apremiante, creyendo que vamos a molestar a Jesús con nuestra indiscreción o con nuestra inoportunidad, pues ocurre todo lo contrario. La razón por la que conseguimos tan poco de Dios es porque le pedimos muy poco o porque poco confiamos en nuestras oraciones. Pidámosle a todas horas su amor puro, ardiente, generoso y perfecto. Podemos estar seguros de que nos escuchará, pues Jesucristo nos ha prometido no rechazar nada de lo que le pidamos y no faltará a su promesa: *“Pedid y se os dará”* (Mt 7,7).

2. Culto de Consagración

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús nos lleva a ofrecer nuestro corazón con todos sus sentimientos al Señor, a fin de que se conforme al Suyo. Nos entregamos a Su Corazón por completo y con amor indiviso: es todo Suyo, no hay lugar para ninguna creatura.

Para poder realizar una verdadera entrega del propio ser, hay que pedirle la gracia al amable Jesús de alcanzar el perfecto olvido de nosotros mismos.

3. Culto de imitación

El verdadero amor lleva a la identificación con la persona amada. Es por eso que uno de los efectos principales de esta devoción es la conversión de nuestra vida interior y exterior en una expresión viva de la vida de Jesucristo. Y para que la imitación sea perfecta es necesaria una profunda humildad, un control de nuestras pasiones, una dependencia completa de Él y un gran amor por la Cruz. La medida de estas virtudes en nosotros dependerá de nuestro grado de amor por Jesucristo.



Prácticas de preparación

1) Ponerse en presencia de Dios.

2) Pedir la gracia de que haga de nuestro hogar un reino digno de su Hijo.

3) Lectura: De las *Meditaciones para prepararse a la consagración al Sagrado Corazón* *Entronización del Sagrado Corazón*.

El 24 de agosto de 1907, un joven sacerdote enfermo y agotado entra en la capilla de las Apariciones de Paray le-Monial (Francia). *«Allí, me puse a rezar, y sentí en mi interior una extraña sacudida. Acababa de recibir la llamada de la gracia, a la vez muy fuerte e infinitamente suave. Cuando me levanté, estaba completamente curado. Entonces, arrodillado en el santuario, absorbo en la acción de gracias, comprendí lo que Nuestro Señor quería de mí. Aquella misma tarde, concebí el plan de conquistar el mundo para entregárselo al amor del Corazón de Jesús, casa por casa y familia por familia»*. Aquel sacerdote era el P. Mateo Crawley, gran impulsor de la obra de entronización del Sagrado Corazón en los hogares.

Él mismo confió a San Pio X su proyecto de propagar la entronización de la imagen del Sagrado Corazón en los hogares, a lo que el Romano Pontífice respondió mandándole que consagrara su vida a esa obra. El 6 de abril de 1915 lo recibió en audiencia privada Benedicto XV, quien también aprobó la obra de la entronización mediante una carta fechada el 27 de abril siguiente. En ella la

definió con estas palabras: «La instalación de la imagen del Sagrado Corazón, como en un trono, en el sitio más noble de la casa, de tal suerte que Jesucristo Nuestro Señor reine visiblemente en los hogares católicos». Se trata, pues, no de un acto transitorio, sino de una verdadera y propia toma de posesión del hogar por parte de Jesucristo, que debe ser permanentemente el punto de referencia de la vida de la familia, que se constituye en súbdita de su Corazón adorable.

El P. Mateo Crawley explicaba que la entronización es más que instalar con veneración la imagen del Sagrado Corazón en el hogar, es más que recitar la fórmula de consagración. La entronización se fundamenta en las palabras que Jesús pronunció a Santa Margarita: «¡Quiero reinar!», «¡Sí, reinaré por mi Corazón Sagrado, lo prometo!». La Entronización es un apostolado social, organizado con el fin de realizar en la familia, y por esta a la sociedad, esa palabra soberana. La entronización trabaja para que esa afirmación inefable, «Reinaré por mi Corazón», sea un hecho consumado y una dichosa realidad, hoy en el hogar, y mañana en la sociedad y en la nación.

En su carta al padre Mateo, el Papa Benedicto XV consideraba tres plagas que destruyen la familia: «El divorcio, que quebranta la estabilidad; el monopolio de la enseñanza, que elimina la autoridad de los padres; la búsqueda del placer, que con frecuencia se opone a la observancia de la ley natural».

Ante esos males, la entronización aporta el doble remedio de una fe radiante y de un amor efectivo. Esa entronización, sigue escribiendo Benedicto XV, «propaga ante todo el espíritu cristiano, estableciendo en cada hogar el reinado del amor de Jesucristo. Actuando de ese modo, no hacéis otra cosa que obedecer al mismo Nuestro Señor, que ha prometido sus bendiciones para las casas donde la imagen de su Sagrado Corazón sea expuesta y honrada con devoción. Y puesto que seguir a Cristo no consiste en el hecho de emocionarse con un sentimiento religioso superficial, que conmueve los corazones débiles y tiernos pero que deja el vicio intacto, es necesario conocer a Cristo, su doctrina, su vida, su pasión y su gloria. Seguir a Cristo significa estar imbuido de una fe viva y firme que actúa no solamente en el espíritu y en el corazón, sino que también gobierna y dirige nuestra conducta». Nada se adapta mejor a las necesidades de nuestro tiempo. Benedicto XVI se hace eco de su antecesor: *«La familia ha sido y es escuela de la fe, palestra de valores humanos y cívicos, hogar en el que la vida humana nace y se acoge generosa y responsablemente. Sin embargo, en la actualidad sufre situaciones adversas provocadas por el secularismo y el relativismo ético, por los diversos flujos migratorios internos y externos, por la pobreza, por la inestabilidad social y por legislaciones civiles contrarias al matrimonio que, al favorecer los anticonceptivos y el aborto, amenazan el futuro de los pueblos»* (13 de mayo de 2007).

El Reino de Cristo abraza a todas las naciones, de suerte que la universalidad del género humano está realmente sumisa al poder de Jesús. Jesucristo confirmó su reinado por su propia boca. Al gobernador romano que le preguntaba: "¿Tú eres Rey?", Él contestó sin vacilar: "Tú lo has dicho: ¡Yo soy rey!" (Jn 18,37). La grandeza de este poder y la inmensidad infinita de este reino, están también confirmados plenamente por las palabras de Jesucristo a los Apóstoles: "Se me ha dado todo poder en el Cielo y en la tierra". (Mt 28,18)

Él ejerció este derecho extraordinario, que le pertenecía, cuando envió a sus apóstoles a propagar su doctrina, a reunir a todos los hombres en una sola iglesia por el bautismo de salvación, a fin de imponer leyes que nadie pudiera desconocer sin poner en peligro su eterna salvación. Pero esto no es todo. Jesucristo ordena no sólo en virtud de un derecho natural y como Hijo de Dios, sino también en virtud de un derecho adquirido. Pues "nos arrancó del poder de las tinieblas" (Col 1,13) y también "se entregó a sí mismo para la Redención de todos" (1 Tim 2,6).

No solamente los católicos y aquellos que han recibido regularmente el bautismo cristiano, sino todos los hombres y cada uno de ellos, se han convertido para Él "en pueblo adquirido" (1 Pe 2,9). San Agustín tiene razón al decir sobre este punto: "¿Buscáis lo que Jesucristo ha comprado? Ved lo que Él dio y sabréis lo que compró: La sangre de Cristo es el precio de la compra. ¿Qué otro objeto

podría tener tal valor? ¿Cuál si no es el mundo entero? ¿Cuál sino todas las naciones? ¡Por el universo entero Cristo pagó un precio semejante!". (Cf. León XIII Carta Encíclica Annum Sacrum).

Este poder de Cristo y este imperio sobre los hombres, se ejercen por la verdad, la justicia y sobre todo por la caridad. Pero en esta doble base de su poder y de su dominación, Jesucristo nos permite, en su benevolencia, añadir, si de nuestra parte estamos conformes, la consagración voluntaria. Dios y Redentor a la vez, posee plenamente y de un modo perfecto, todo lo que existe. Nosotros, por el contrario, somos tan pobres y tan desprovistos de todo, que no tenemos nada que nos pertenezca y que podamos ofrecerle en obsequio.

No obstante, por su bondad y caridad soberanas, no rehusa nada que le ofrezcamos y que le consagremos lo que ya le pertenece, como si fuera posesión nuestra. No solo no rehusa esta ofrenda, sino que la desea y la pide: "Hijo mío, ¡dame tu corazón!". Podemos, pues, serle enteramente agradables con nuestra buena voluntad y el afecto de nuestras almas. Consagrándonos a Él, no solamente reconocemos y aceptamos abiertamente su imperio con alegría, sino que testimoniamos realmente que si lo que le ofrecemos nos perteneciera, se lo ofreceríamos de todo corazón; así pedimos a Dios que quiera recibir de nosotros estos mismos objetos que ya le pertenecen de un modo absoluto. Esta es la eficacia del acto de consagración, y este es el sentido de sus palabras.

La consagración al Sagrado Corazón aporta a los estados la esperanza de una situación mejor, pues este acto de piedad puede establecer y fortalecer los lazos que unen naturalmente los asuntos públicos con Dios. En estos últimos tiempos, sobre todo, se ha erigido una especie de muro entre la iglesia y la sociedad civil. En la constitución y administración de los Estados no se tiene en cuenta para nada la jurisdicción sagrada y divina, y se pretende obtener que la religión no tenga ningún papel en la vida pública. Esta actitud desemboca en la pretensión de suprimir en el pueblo la ley cristiana; si les fuera posible hasta expulsarían a Dios de la misma tierra.

Fatalmente acontece que los fundamentos más sólidos del bien público, se desmoronan cuando se ha dejado de lado la religión. De ahí esa abundancia de males que desde hace tiempo se ciernen sobre el mundo y que nos obligan a pedir el socorro de Aquél que puede evitarlos. ¿Y quién es este sino Jesucristo, Hijo Único de Dios, "*pues ningún otro nombre le ha sido dado a los hombres, bajo el cielo, por el que seamos salvados*" (Hechos 4,12)? Hay que recurrir, pues, al que es "*el Camino, la Verdad y la Vida*".

El hombre ha errado: que vuelva a la senda recta de la verdad; las tinieblas han invadido las almas, que esta oscuridad sea disipada por la luz de la verdad; la muerte se ha enseñoreado de nosotros, conquistemos la vida. Entonces nos será permitido sanar tantas heridas, veremos renacer con toda justicia la esperanza en la antigua autoridad, los esplendores de la fe reaparecerán; las espadas caerán, las armas se escaparán de nuestras manos cuando todos los hombres acepten el imperio de Cristo y sometan con alegría, y cuando "*toda lengua profese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre*". (Fil 2,11) En la época en que la iglesia, aún próxima a sus orígenes, estaba oprimida bajo el yugo de los Césares, un joven emperador percibió en el cielo una cruz que anunciaba y que preparaba una magnífica y próxima victoria. Hoy, tenemos aquí otro emblema bendito y divino que se ofrece a nuestros ojos: es el Corazón Sacratísimo de Jesús, sobre el que se levanta la cruz, y que brilla con un magnífico resplandor rodeado de llamas. En él debemos poner todas nuestras esperanzas; tenemos que pedirle y esperar de Él la salvación de los hombres. (Cf. León XIII Carta Encíclica Annum Sacrum).



Propósito del día:

Hagamos hoy alguna obra de bien por algún miembro de nuestra familia: hablemosle de esta devoción, recemos algo juntos.

Jaculatoria del día:

¡Sagrado Corazón de Jesús, reina en nuestras familias y en nuestra sociedad!

Letanías para consolar al Sagrado Corazón

Señor, ten piedad de nosotros, - *ten piedad de nosotros.*
Cristo, ten piedad de nosotros, *ten piedad de nosotros.*
Señor, ten piedad de nosotros - *ten piedad de nosotros.*
Cristo, óyenos - *Cristo, óyenos;*
Cristo, escúchanos - *Cristo, escúchanos.*
Dios, Padre del Cielo - *ten piedad de nosotros.*
Dios, Hijo, Redentor del mundo - *ten piedad de nosotros.*
Dios, Espíritu Santo - *ten piedad de nosotros.*
Santísima Trinidad, Un Solo Dios- *ten piedad de nosotros.*
Santa María, Nuestra Madre y Madre de Jesús,- *ruega por nosotros.*
Santa María, Madre del Consuelo,- *ruega por nosotros.*
Corazón Inmaculado de María,- *ruega por nosotros.*
Después de cada invocación, decir: - Te consolaremos, Oh Señor.
Por el olvido y la ingratitud de la humanidad,
Por tu abandono propio en Tu Tabernáculo
Por los crímenes de pecadores,
Por el odio de los no religiosos
Por las blasfemias contra Ti,
Por las calumnias a Tu Divinidad,
Por los sacrilegios con los cuales Tu Sacramento de Amor es profanado,
Por la inmodestia e irreverencia mostrada en Tu Adorable Presencia,
Por los desengaños de los cuales Tu eres la víctima,
Por la frialdad del número mayor de Tus hijos,
Por el desprecio ofrecido en tus avances amorosos,
Por las infidelidades de aquellos que se llaman tus amigos,
Por el abuso de Tu gracia
Por nuestra propia falta de fe,
Por la dureza de nuestros corazones,
Por nuestra gran demora en amarte,
Por nuestra tibieza en tu Santo servicio
Por la amarga tristeza que Te sumerge la pérdida de almas,
Por Tu larga espera frente a las puertas de nuestros corazones,
Por Tus lágrimas de amor,
Por Tu encarcelamiento por amor,
Por Tu martirio de amor,
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,- *Sálvanos, Oh Señor.*
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,- *Escúchanos, Oh Señor.*
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,- *ten piedad de nosotros.*

Oremos

Oh Salvador Divino Jesucristo, Quien respiró de Su Corazón esta queja penosa: "*Busqué a aquellos que Me consolarían y no encontré a ninguno*", acepta este pequeño tributo de nuestros consuelos, y ayúdanos poderosamente con Tu Gracia. En el futuro, volando más y más lejos de todo lo que Te desagrade, mostrémonos ser, en todo y para siempre, Tus fieles y devotos guardias de honor. Te pedimos esto a través de tu Sagrado Corazón, Oh Jesús, Quien, como Dios, vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo por y para siempre.

Amén